

VIDA COTIDIANA DE LAS VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

Cristian David Arias Flórez



Asesora: Katy Luz Millán Otero

Grupo de Investigación: Estudios de Fenómenos Psicosociales

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LUIS AMIGO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

PSICOLOGÍA

MEDELLÍN

2015

Resumen:**Vida cotidiana de las víctimas del conflicto armado en Colombia**

La vida cotidiana para las personas resulta de un cumulo de experiencias, que a lo largo del tiempo estructuran patrones de comportamiento, que les permite transitar por el mundo de forma cómoda y espontánea. Cuando esta vida cotidiana se ve perturbada por los atropellos de la guerra se modifica y crea nuevos patrones de conducta que se ven reflejados en la manera tan distinta en que las victimas siguen en su vida diaria. No es un secreto que el conflicto armado en Colombia ha dejado tras sí secuelas de dolor y sufrimiento, que paradójicamente se constituyen en una herramienta, que posibilita la trascendencia del ser humano, que en un principio es víctima y luego puede ser lo que decida.

Palabras clave:

Conflicto. Vida cotidiana, victimas, comportamiento, resiliencia.

VIDA COTIDIANA DE LAS VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

Debido a las dinámicas propias de un país como el nuestro, con una guerra interna de más de 50 años, resulta atractivo para los investigadores en ciencias sociales el tema de la vida cotidiana de las personas que fueron o son víctimas en medio de la guerra que se vive en el país, porque les posibilita conocer las herramientas de adaptación que les permitieron sobrevivir, y los mecanismos resilientes con los que se repusieron a un evento tan fuerte a nivel emocional. El objetivo de este escrito además de mostrar algunas de las secuelas emocionales del flagelo de la guerra en cuanto a patrones de comportamiento es señalar como la vida cotidiana de las víctimas se transforma, posibilitando una auto trascendencia dando como resultado el levantamiento de líderes que en un primer momento fueron también, víctimas.

Lindón (2004) expresa “La vida cotidiana para Lefebvre es la vida del ser humano desplegada en una pluralidad de sentidos y simbolismos, en espacios que lo modelan y al que también dan forma, dentro del flujo incesante de la vivencia del tiempo” (p.44). En este sentido se piensa en una relación entre las condiciones sociales que imponen la realidad y las vivencias subjetivas de cada sujeto de la comunidad, que se han desarrollado bajo unos esquemas que son arbitrariamente reestructurados por las condiciones mismas de las actuales luchas por el poder, que generan el conflicto interno del país.

La vida cotidiana de las personas que habitan en zonas rurales, generalmente se caracteriza por la rutina. En este sentido el campesino se levanta muy de mañana, se toma un tinto y sale a labrar la tierra, mientras que las mujeres se encargan de las labores domésticas (lavar, cocinar limpiar), cada uno tiene sus propias tareas y cada día cada quien se encarga de hacer lo suyo, que resulta natural y en cierto sentido obvio. Cuando entran en actuación los grupos armados, la situación cambia por completo, la vida cotidiana de los habitantes gira en torno al dinamismo de la guerra (operaciones militares, emboscadas, asolamientos, masacres sistemáticas etc). Si deciden resistir y cuidar sus terrenos estas personas se ven obligadas a vivir con la zozobra de no saber que esperar. Así narra su vivencia un hombre en San Carlos para el Centro Nacional de Memoria Histórica, (2010):

Las noches eran muy complejas, porque inclusive nosotros buscamos sitios donde dormir cada día en diferente casa [...], casi todo el mundo se reunía para dormir en una casa, dormir en

otra... Con el propósito de protegernos y siempre eran así las características de una casa, que tuviera solar. [...] Todos nos manteníamos preparados, mucha gente dormía con la ropa puesta, con la ropa empacada, los hijos inclusive, pues con su proceso de planear como su fuga, sus cosas. Entonces ese tiempo fue una zozobra muy dura. (p.261)

En momentos de guerra los procesos que permiten adaptarse a cambios tan profundos funcionan en favor de la supervivencia, la rutina se ve forzada a desaparecer en los momentos de angustia pero retorna en los momentos en que las víctimas logran cierto grado de adaptación, así por ejemplo, en una población los moradores debían estar en sus casas antes de las 19:00 horas, porque de lo contrario corría peligro su vida. En los campos minados las personas sabían cuáles eran las señales que advierten sobre el peligro de pisar una mina antipersona y lo obvio resultaba de no contradecir las nuevas normas que se imponían.

Los símbolos que inicialmente guían la vida cotidiana de una población y que en la relación de unos y otros, le dan sentido a su propia experiencia, también influenciados por los lugares que habitan, plantean la cuestión de la flexibilidad a nivel psicológico ante cambios dramáticos de la realidad social en la que se vive, no solo por los momentos en que la violencia se torna en un frenesí de sangre e impunidad para los perpetradores sino en todos los días de vida, debido a que estas poblaciones en cierto sentido se adaptan a vivir con el miedo constante de la muerte, hasta el preciso día, de su propia partida.

Según la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (2015), al día de hoy en Colombia se encuentran 7.712.014 personas registradas que han sido víctimas del conflicto armado interno del país, de las cuales solo 5.973.748 han sido sujeto de asistencia y reparación, dándonos como diferencia una población de 1.738.266 que a la fecha no reciben ningún tipo de apoyo o acompañamiento por parte del estado para la restitución de sus derechos y la reparación integral al daño causado.

Vida cotidiana; entre espacios de guerra.

Los espacios donde se desarrollan estas nuevas formas de supervivencia debido a las condiciones de la guerra, influyen de forma directa las dinámicas en las que se relacionan las víctimas, en últimas en su vida cotidiana, porque en cierto sentido limitan el libre movimiento de los actores sociales. Considera Lindón (2004) citando a Tuan que

En este espacio se incorpora la idea de “límite” como una forma de recortar no sólo desplazamientos cotidianos de los actores, sino también ámbitos de significación asociados a la experiencia que los actores tienen de diferentes porciones del espacio. Esta forma de espacialidad de la vida cotidiana es muy cercana a lo que las geografías existencialistas y el humanismo geográfico, desde los años setenta, estudian a partir del concepto de “lugar” o bien el de “espacio de vida”. (p. 41-42)

Los patrones de comportamiento en condiciones de intimidación, miedo e indefensión son particulares para cada lugar, no solo por el espacio en el cual se desarrolla, sino también por la historia y la experiencia propia de la comunidad, que desarrolló y arraigó las pautas culturales con las cuales se mueven en el mundo. Lindón (2004) afirma. “Lefebvre es muy enfático respecto de la relación de lo cotidiano con la historia: la vida cotidiana no se puede captar en su escala aparente, lo micro, hay que verla en una totalidad, es decir, a la luz de la historicidad” (p.45)

Configuración de la vida cotidiana en la guerra

La vida cotidiana de comunidad es víctimas del conflicto armado en Colombia, se configura a través de la relación entre el mundo interno de cada sujeto y las condiciones mismas impuestas por la realidad en la que son inmersos, no solo por la agresiva arbitrariedad de la intrusión, sino también por la humillación y miedo a la que son sometidos. En las situaciones cotidianas, el comportamiento se determina mediante la combinación de conocimientos internos y de información y restricciones externas. El conocimiento en la cabeza y en el mundo.

La vida cotidiana de los sectores conocidos como zonas rojas por ser epicentros de operaciones bélicas al margen de la ley se configuran en diferentes tonos que particularizan cada región del país, aunque estas tengan como referencia común, ser conocidas por sus conflictos, al respecto Osorio (2013) citando a Sánchez dice. “los territorios ya no son definidos por entornos espaciales o simbólicos, sino por los trazos brutales de la fuerza, que suprimen tanto las diversas expresiones de la política y los lazos culturales, como a la larga, la vida misma” (p.78). Vivir con quien ha hecho y sigue haciendo daño demanda de adaptaciones psicológicas y sociales

específicas de cada sujeto de la comunidad, que le permitan sobrevivir y no sucumbir al miedo por la cercanía con los que fueron, son o pueden ser sus victimarios.

Cuando una población ha recibido los choques de actos de guerra (masacres, desapariciones, violaciones, asolamientos) resultan casi inevitables las consecuencias emocionales que esta produce, ya que esta somete a los implicados en situaciones de miedo intenso y estrés, no solo por los hechos en sí, sino por el futuro incierto que les espera a las víctimas, teniendo que afrontar el hecho de vivir sin los seres queridos que se han perdido o por la dignidad que les ha sido arrebatada. Estos hechos se convierten en fantasmas de los que ni siquiera se habla, que habitan en las mentes y destruyen los corazones.

Más allá de las singularidades de cada región cuyo territorio aun lleva las huellas de un pasado violento y de sus peculiares estrategias de afrontamiento, se puede ver la gran capacidad humana para acoplarse a los desafíos que les presenta la vida. Muchas de las víctimas de los tipos de violencia que genera un conflicto como este, se transforman luego en perpetradores de más violencia, otros tratan de recuperar su vida y olvidarse del pasado y muchos más se levantan como líderes en la transformación de un país con una sociedad vulnerable. En este sentido Osorio (2013) citando a Pecaüt dice. “la violencia no se vive como una guerra o catástrofe, y menos aún se visualiza como un conjunto de conductas delincuenciales, sino que aparece como un proceso banal que ofrece oportunidades, produce acomodamientos y tiene normas y regulaciones” (p.197-198).

Resulta difícil decir a ciencia cierta las proporciones en cuanto a que caminos toman las víctimas, ya que las reacciones aunque sean de eventos similares producen patrones de comportamientos diferentes, el mundo interno de las personas responde ante las situaciones partiendo desde sus propias experiencias y aunque el miedo se torne como una emoción común para las personas con esta realidad, no todas responden de la misma manera. El miedo como emoción eficaz es un creador de agencia en las personas que lo experimentan, abriendo posibilidades de transformación e inventiva para darle un nuevo rumbo a sus vidas, pero también se torna como un veneno paralizador que impide el desarrollo habitual en las relaciones cotidianas y trunca el libre flujo de la vida misma perpetuando la sensación de indefensión y vulnerabilidad.

Vida cotidiana; transformación y esperanza de un nuevo comenzar

SI bien la vida cotidiana se puede transformar y adecuar para sobrevivir ante situaciones adversas, esta (vida) le da valor a la experiencia de habitar en este mundo, parece ser que las experiencias límites que sufren las víctimas del conflicto le dieran una nueva forma de ver el mundo y apreciar la realidad, dando como resultado un sentido de vida, que se orienta en un gran número, hacia acciones que favorecen a la colectividad.

Lo que hace que la vida merezca ser vivida es el propio exceso de vida: la conciencia de que existe algo por lo que alguien está dispuesto a arriesgar su propia existencia (este exceso puede recibir el nombre de <<libertad>>, <<honor>>, <<dignidad>>, <<autonomías>>, etc.). Sólo cuando estamos dispuestos a correr riesgos estamos realmente vivos.”(Slavoj Žižek, 2002, p.73-74).

Las heridas que producen los hechos violentos pueden cambiar el alma humana, transformarla y hacerla trascender a niveles que no concuerdan con la lógica, es así como el dolor, la indefensión y la humillación llenan de valentía al hombre aparentemente abatido que resurge aún más fuerte que antes y ayuda a otros. Testimonio de esto es la Pastora Mira, que cuenta su experiencia:

Si el dolor no nos une, entonces ¿qué nos puede unir? Con el cuerpo de mi hija entre las manos, le prometí y le pedí que me diera fortaleza para ayudar a otras personas a que recuperen la tranquilidad y puedan resolver ese interrogante tan grande, que es saber dónde están los seres queridos. (Centro Memoria Histórica, 2010, p. 290)

Las experiencias que en un principio se tornan como traumáticas y de las cuales solo se esperarían acciones de venganza o de sometimiento, impulsan en muchas de las víctimas del conflicto, conductas que en vez de generar más violencia o más de su propio dolor, logran brindar ápices de esperanza a otros, acciones que en sí mismas van rodeadas de solidaridad y amor por los demás, muestras de acciones resilientes que pueden hacer pensar que no todo está perdido. Estas personas son capaces de interactuar con el mundo de una forma diferente,

modifican su vida cotidiana volcándola a la creación de redes de apoyo para otras víctimas que aún no tramitan sus duelos, mostrando que la violencia no decidirá sobre sus vidas aún cuando trate de imponerse. La resiliencia aparece como un factor importante en los procesos de adaptación y resistencia ante los embates de la guerra, parece tener un gran desarrollo en las víctimas quienes resurgen de las tribulaciones aún más fuertes que antes.

Se puede definir la resiliencia como la capacidad de sobreponerse a eventos traumático y desarrollar cierta resistencia ante eventos estresantes futuros. Al respecto García & Domínguez (2012) afirman:

Las distintas definiciones de Resiliencia enfatizan en características de los sujetos tales como: habilidad, adaptabilidad, baja susceptibilidad, enfrentamiento efectivo, capacidad, competencia, resistencia a la destrucción, conductas vitales positivas, temperamento especial y habilidades cognitivas, toda desplegada frente a situaciones estresantes que les permiten superarlas. (p.66)

Aun hoy con todo el bagaje teórico que se ha desarrollado del tema no se ha podido establecer con claridad como una persona que ha sido sometida a tal grado de maltrato, pueda sobreponerse a esta situación. Lo importante es que de alguna manera inherente a la condición humana las víctimas pueden convertirse en un gran apoyo para otras víctimas, haciendo de su vida cotidiana un testimonio que invita a no rendirse y a superar los obstáculos impuestos por una guerra absurda. En este sentido es común encontrar a personas que transforman el hecho que en un principio fue perturbador en acciones que los consolidan como líderes sociales, con espíritu caritativo y enfocado al bien común.

Estos líderes poseen la capacidad de emprender acciones comunitarias que posibilitan a las personas en condiciones de victimización un cambio favorable de su realidad social, dando como resultado el empoderamiento que en últimas otorgara las condiciones para el desarrollo de estas personas e inmediatamente la creación de agencia que permiten la réplica de estas acciones, el desarrollo que logran estos nuevos líderes posibilita la toma de decisiones asertivas y la responsabilidad como mecanismo para tomar el control del rumbo de sus vidas.

La vida cotidiana es en últimas el modo en el que atravesamos y como nos movemos en el hecho de vivir, ya sea en condiciones de guerra o en las que muchos consideran de “paz”, los

seres humanos tienen la capacidad de reponerse ante eventos dolorosos y de cambiar sus patrones de comportamientos en conductas que los lleven a ser mejores seres humanos. Cambiar sus hábitos o costumbres en estas circunstancias necesariamente me lleva a pensar en una suerte de auto trascendencia alcanzada por las víctimas, que en últimas se convierten en portadores de esperanza en un país que anhela la paz.

BIBLIOGRAFÍA:

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2010). *Basta ya*. Recuperado de

http://centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/capitulos/basta-ya-cap4_258-327.pdf

Lindón, A. (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Veredas*. (5) p. 41-42.

Recuperado de

<http://www.lefthandrotation.com/museodesplazados/download/Lindon%20-%20Las%20huellas%20de%20Lefebvre%20sobre%20la%20vida%20cotidiana.pdf>

Osorio, R. (2013) Paramilitarismo y vida cotidiana en San Carlos (Antioquia): etnografía desde una antropología de la violencia. *Boletín de Antropología*, 28(45), 130-153. Recuperado de

<http://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/2393>

Slavoj Žižek, L. (2002). *Bienvenidos al desierto de lo real*. Liubliana, Eslovenia: Akal.

Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. (2015). *Registro único de víctimas*. Recuperado de <http://rni.unidadvictimas.gov.co/?q=node/107>